

DOMINGO III DEL TIEMPO ORDINARIO (B)
Homilía del P. Daniel Codina, monje de Montserrat
22 de enero de 2012
Jon 3, 1 - 5, 10 / 1Cor 7, 29-31 / Mc 1, 14-20

Como quien no dice nada, queridos hermanos y hermanas, el evangelista Marcos nos ofrece una síntesis de los inicios de la predicación de Jesús, de modo que son casi unos apuntes de agenda: una vez que Juan Bautista ha terminado su ministerio, pues Herodes lo ha encarcelado, Jesús comienza a anunciar la presencia del Reino de Dios y a llamar a cercarse a él, para que le sigan y convivan con él y sean testigos de sus palabras y de sus hechos, a unos jóvenes mientras paseaba junto al lago de Galilea. La narración de Marcos no es como la del profeta Jonás, de la primera lectura de la misa, que estuvo precedida de toda una historia de tira y afloja entre Dios que lo enviaba y el profeta que quería escabullirse de la responsabilidad de la misión confiada o impuesta. Nada de eso. Nuestro evangelista, el primero de los cuatro que ha dejado por escrito los hechos y las palabras de Jesús de Nazaret, no hace historia, no escribe una narración novelesca moralizante, sino que nos informa, hace catequesis con vistas a la constitución de la fe de la comunidad, a veces de forma resumida, otros con mucho detalle sobre todo en momentos de acción de Jesús, quién es y qué hace ese maestro-predicador: primero recorre Galilea de punta a punta, predicando el Reino de Dios y curando, y luego sube a Jerusalén donde acaba muriendo sentenciado a la cruz y resucitando.

Como quien no dice nada, pero con pocas palabras dice mucho ya desde la primera frase que pone en boca de Jesús: *"Se ha cumplido el plazo, está cerca el reino de Dios: convertíos y creed en el Evangelio"*. El ministerio de predicación de Jesús comienza en un momento determinado: cuando Juan haya sido encarcelado, por tanto, una vez terminado el ministerio preparatorio del Bautista. Ahora empiezan de verdad los tiempos nuevos: "Ha llegado la hora". Marcos quiere distinguir bien los tiempos antiguos, preparatorios, el de los profetas y de la historia de Israel que arranca con Abraham, y los tiempos nuevos, definitivos, que Jesús inaugura, con su presencia y su predicación, con palabras y hechos, el Reino. Percibimos aquí el eco de las palabras de san Pablo en la carta a los Gálatas: *"Cuando llegó la plenitud del tiempo, envió Dios a su Hijo"* (Gal 4, 4). Esta hora, pues, es la hora de la verdad, de la salvación, la hora del Reino. Un Reino que ya está presente, que se realiza, que empieza a cumplir las esperanzas de quienes creían en la Alianza de Dios y las promesas proféticas, como el viejo Simeón que nos presenta el evangelio de Lucas. *"Está cerca el Reino de Dios"*: Marcos pone en boca de Jesús las mismas palabras del Bautista cuando invitaba a la gente a convertirse y a bautizarse para recibir el Reino, indicando la continuidad de la obra de Dios; pero ahora es ya el momento definitivo, no el preparatorio. ¿Qué significa *Reino de Dios*? Quizá podríamos expresarlo así: "La Hora de Dios" que se establece con y por la presencia de Jesús de Nazaret. La hora en que Dios, por Jesús, viene a apoyar, a redimir a los pobres, a quienes sufren y son desterrados de la sociedad, a salvar del reino del mal. Este Reino de Dios, se nos manifiesta y se nos da a conocer a través de la predicación de Jesús en las parábolas: una presencia discreta, pequeña, pero segura, en la que hay que creer y cambiar el corazón y el espíritu para acogerla: los pobres, los niños, los pecadores, los pobres son los que primero podrán captar el calor de la presencia de Dios, de su amor, de su perdón. Convertirse y creer en esta Buena Noticia que Jesús nos trae: he aquí el programa de Marcos en esta hora crucial para la historia de los hombres, no tanto por el hecho que a partir de la aparición de Jesús la historia se cuente como un antes y un después; sino porque nunca, hasta ahora, hasta la predicación de Jesús de Nazaret, los hombres y las mujeres habían podido oír una palabra de tanta esperanza, tanta plenitud humana y espiritual, de tanta trascendencia social y comunitaria como esta.

Inmediatamente, después de la alocución inicial programática, Marcos -sin dejar su estilo de explicación resumida, como de apuntes de clase- explica los primeros frutos, los primeros ejemplos de personas que hacen caso de la llamada: "*Venid conmigo*" y aquellos cuatro jóvenes trabajadores, pescadores, dejándolo todo, haciendo un gesto auténtico de conversión, de inversión de la vida y los valores, se ponen a seguir al Maestro. A lo largo de su texto narrativo, Marcos no esconderá las dificultades, las incomprendiones, las dudas y las rivalidades humanas de aquellos discípulos, como no esconderá tampoco las decepciones del Maestro al ver el poco eco de su predicación. Pero Jesús sigue su camino y los discípulos, aunque a la hora de la pasión lo abandonarán, también le siguen porque creen en Él y después de la resurrección se reencuentran para continuar expandiendo este "Evangelio" que oyeron desde el principio, esta Buena Noticia del Reino, que ahora, después de la pasión y resurrección de Jesús, el Reino es el Señor resucitado y glorificado, el cual continúa ofreciendo a los hombres el perdón y la gracia a todo aquel que cree; el camino que hay que seguir para entrar en el mundo de Dios ya no es la Ley de Moisés, sino la fe que encuentra en Jesús la salvación y la gracia del Padre.

Hermanos y hermanas: este mismo "Evangelio" o Buena Noticia, ahora también nos es comunicada a nosotros en este nuevo año de gracia 2012. Debemos ser conscientes de que estamos en los "tiempos nuevos", en el "Hora" de Dios, en la hora de la conversión a Cristo, en la hora de la fe. A todos se nos dice también: "*Venid conmigo*" para hacer presente actual, vivo, este Evangelio del Reino. Que la oración y el ejemplo de los santos y testigos de Cristo que nos han precedido -como Fructuoso, Augurio y Eulogio de Tarragona que celebrábamos ayer- nos fortalezcan en nuestra esperanza y en nuestra fidelidad.